

## RECUERDOS V

**Víctor Meza**

Es incómodo, a veces, recordar. Ofendes a las personas, les alteras sus pensamientos y, sobre todo, les remueves el alma. Uno no debería hacer esto. Recordar, a veces, es un poco sufrir. Traer al presente cosas del pasado que te disgustan o que, al revés, te agradan. Recordar es algo así como volver atrás y poder reconstruirlo todo de nuevo, cierto?

Un día, había abordado yo, presionado por las autoridades soviéticas para abandonar su territorio, un avión de Aeroflot en Moscú para volar a Suiza. Luego, se suponía, debía tomar un avión de Pan American hacia Panamá y, después, un vuelo regional hacia Tegucigalpa. Decidí quedarme en Suiza. Llamé al sociólogo nicaragüense, Oscar Vargas, y le pedí apoyo. Me fue a traer al aeropuerto y me quedé en Ginebra.

Oscar, cordial como siempre, me dijo: de haber venido ayer, me habrías acompañado a una fiesta en honor de tu ministro de economía; su hermana, nuestra amiga, vive aquí en Ginebra y le organizó un coctel. Luego le acompañamos a la estación y cogió el tren a Zurich. Qué pena, me dijo, que llegaste un día después desde Moscú. Era el mes de septiembre de 1974, tiempo del huracán Fifi y de los sucesos que luego terminarían en el soborno bananero.

Debo decir, con tranquilidad segura que, en ese momento, no me preocupó la ausencia del ministro, pero recordé el hecho. No lo olvidé. Volví a Tegucigalpa en el último avión que aterrizó en Toncontín a mediados de septiembre de 1974, en pleno huracán Fifi. Siempre recordé el incidente de Ginebra y me dediqué a mis asuntos universitarios.

De repente, en abril, el día 08, del año 1975, el diario norteamericano Wall Street Journal, publicó la impactante denuncia: un funcionario del gobierno hondureño habría recibido una millonaria suma, en calidad de soborno, para bajar el impuesto de las exportaciones bananeras. El director gerente de la United Brandas, Elly Black, se había suicidado, cuando las autoridades fiscales norteamericanas habían descubierto el fraude.

El gobierno hondureño, presidido por el general Osvaldo López, creó, de inmediato, una Comisión Investigadora, la que fue encabezada por el Rector de la Universidad Nacional Autónoma, Jorge Arturo Reina, quien tuvo a bien nombrarme asesor de la misma Comisión.

No hace falta decir que, de inmediato, recordé los eventos de Ginebra. Le conté a Jorge sobre el coctel de la hermana del ministro, al que, por desgracia, no pude asistir, pero al que habían asistido mis amigos y personajes clave como el diputado suizo socialista Jean Ziegler, quien, según Oscar Vargas, estaría muy dispuesto a declarar ante la Comisión Investigadora hondureña. Las evidencias estaban en la mesa. Era evidente quienes eran los culpables.

La Comisión viajó a Suiza y se encontraron con la sorpresa de la negativa de los bancos a abrir ciertas cuentas. Jorge me llamó desde Ginebra para encontrar al pequeño canalla, con la ayuda de los cuerpos de seguridad del Estado, que negaba la autenticidad de su firma. Recuerdo que uno de los jefes de inteligencia era el coronel Hubert Bodden Cáceres, con la ayuda del cual buscamos y encontramos a ciertas personas que, a pesar de haber firmado sus Poderes legales ante nosotros, testigos autorizados, se negaron a permitir la revisión de sus cuentas y no reconocieron ante el gobierno suizo la autorización concedida en Honduras.

Estos son los hechos, compatriotas, tal y como en verdad sucedieron. Es tiempo ya de conocer nuestra verdadera historia. En las bóvedas del Banco Central deberían estar guardados los archivos reales de toda esta tragedia. En ese lugar deberían guardarse los datos, los interrogatorios, las entrevistas y toda la información recopilada en torno al soborno bananero. Esa es la verdad.